

plano, para que los negocios adquieran su estado normal.—*Covadonga.*

Presidente.—D. Pedro Pallamongo.

Vice.—D. Federico Altes.

Secretario.—D. César Canelas.

Vice.—D. Marcelino Canle.

Tesorero.—D. D. Isidro Suarez.

Vice.—D. Primitivo Perez.

Comision económica.—D. Pedro Gomez de Beloya.—D. Francisco Arriuebarrena.—D. Pablo Pereda.—D. Manuel Linares.—D. Camilo de balle.—D. Ricardo Barbero.—D. Justo Galvez.—D. Ramon Depons.—D. Augustin J. Mederos.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

VAPOR DE NUEVA ORLEANS.—Un día adelantando las fechas de los periódicos de Nueva Orleans que nos ha traído el vapor americano *William P. Clyde*, entrado en nuestro puerto en la mañana de hoy, á las de los de Nueva York que ayer recibimos. Lo único que en ellos encontramos es lo que traducimos á continuación.

Londres.—Se ha pronunciado el milio en el tribunal eclesiástico de desterrados relativo al obispo Martin. Este ha perdido su sede. Actualmente se halla en el extranjero.

Paris.—Esta noche se inauguró el nuevo teatro de ópera con gran ceremonia, habiendo de largo tiempo que se está preparando para este suceso.

Entre las personas distinguidas que asistieron, se hallaban el presidente MacMahon, el general Ladmirault, el lord Alcalde-Corregidor de Londres, el duque de Aumale, e reg. D. Alfonso de España, la ex-reina Isabel.

Cristina Nilsson *qu debía haber cantado en los actos de Hamlet y Fausto* estaba indispuesta, y, por consiguiente, no pudo presentarse, teniendo que hacerse varios cambios en el programa. El cuarto acto y el gran coro de *Guillermo Tell* y el cuarto acto de *Los Huguonotes* fueron sustituidos á las omisiones de *Hamlet* y *Fausto*.

VARIEDADES.

Ultimo tiro de la escopeta de
Lamartine.

Había yo llevado un día á la caza un tomo inglés de las traducciones del sanscrito, lengua sagrada de la India. Un gamo inocente y afortunado saltaba de alegría entre los céspedes humedecidos por el rocío que había en los bordes de un bosque. Los veía de tiempo en tiempo por encima de los tarals, enderezando las orejas, rozando en ellos con sus patas, olfateando el aire, calentándose al sol y paciendo las tiernas yerbecillas, gozando de su soledad y de su seguridad.

To era hijo de cazador: había pasado mis

ria con las de mi padre. Jamás había reflexionado todavía en ese brutal instinto del hombre que se forma una diversion de la muerte que priva de la vida sin necesidad, sin justicia, sin compasion y sin derecho, a animales que tendrian sobre él el mismo derecho de caza y de muerte si fuesen tan insensibles, estuviesen tan armados y fuesen tan feroces en sus placeres como él.

Mi perro andaba buscando, mi escopeta estaba en mi mano y tenia el gamo a la punta del cañon, experimenté, sí, un cierto re-

semejante inocencia en un sér que no me había hecho nunca mal alguno; que saboreaba la misma luz, el mismo rocío, el mismo placer matinal que yo, creado por la misma Providencia, dotado tal vez, aunque en un grado diferente, de la sensibilidad, del mismo pensamiento que yo, enlazado tal vez con los mismos vínculos de afecto y de parentesco que yo en el bosque; buscando á su hermano, siendo aguardado por su madre, esperado por su compañera, llamado por sus hijos. Pero el instinto inagual de la costumbre

la espalda por la bala, dando en vano y en
dolor un brinco sobre la yerba enrojecida
en su sangre.

Cuando se dispuso el humo del tiro me
asombré pálido al estremeciéndome de mi-
cien. El pobre y hermoso animal no esta-
ba muerto: me miraba con la cabeza echada
sobre la yerba con ojos en que nadaban lá-
grimas. No olvidaré jamás aquella mirada,
aquel asombro, á que el dolor de la muerte
esperada parecían darle profundidades hu-
manas; sentimientos tan inteligibles como
los del hombre, porque al día tengo en lengua

Me decía aquella mirada, con una desgarradora reconvención de mi inmovitada gruñida.

¿Quién eres tú? No te conozco; jamás te he ofendido; yo tal vez te hubiera amado. ¿Por qué me has arbotado mi parte de cielo, de luz, de aire, de juventud, de alegría, de vida? ¿Qué vá á ser de mi madre, de mis hermanas, de mi compañera, de mis hijuelos que me aguardan en la guarida y que no volverán á ver más que estos mechones de mi pelo diseminados por el tiro y esas gotas de sangre sobre la yerba? ¿No ha de hallarse en

Hé aquí lo que me decía la mirada del gallo mo herido. Yo lo comprendí y me acusaba tal si hubiese hablado con la voz. "Rematame," parecía decirme todavía con la que de sus ojos, y con los infútiles estremecimientos de sus miembros. Yo hubiera querido contarle a todo trance, pero volví a cojer la copeta, por compasión esta vez, y volviendo la cabeza terminé su agonía con un segundo golpe.

Era el medio día. Aguardó a que el anciano pastor que traía las ovejas al establo durante las horas abrasadoras, volviese a pasar con su rebaño sobre el borde del bosque para hacerle llevar el ganso a la casa. Entretanto saqué de mi bolsillo un tomo de esos restos de poemas épicos de la India y traté de distraerme con su lectura. ¡Vanos esfuerzos! El libro se abrió

de los indios encarnan sus dogmas de universal caridad. **■** Créese sentir allí el amor y el respeto del hombre por todo lo que tiene vida y sentimiento, alguna cosa de la caridad de Dios mismo por su creación animada e inanimada.

A medida que es más largo el camino más penoso y más glacial; se ve abandonado el encarnación por los queridos más en la tierra y por los que desde luego han intentado acercarse a él, pero que rechazados por sus infidelidades y sus debilidades, se encuentran

El héroe llega por fin a las puertas del cielo. Abrense para él, pero van a cerrarse para el animal. El hombre entonces penetrado de una justicia sublime y de una abnegación que llega hasta la ignominia de él mismo

Aquella lectura me hizo comprender sentir mejor que la lectura misma de los dogmas religiosos de la India, la belleza, la verdad, la santidad de esta doctrina que probaba a los hombres no solo la muerte sin necesidad absoluta, sino el desprecio de los animales, esos compañeros, esos huéspedes de nuestra terrestre habitación, de la que ellos se

Yo admiro, yo adoro este parentesco universal de los seres, esa fraternidad de la vida entre cuanto respira, entre todo cuanto siente, entre todo cuanto ama en la tierra. La medida de su inteligencia y de su destino. Saqué en conclusión que el poeta indiano era el sábio y que yo era el ignorante y bárbaro en una civilización que tanto camina hacia adelante, que tanto se eleva, que tanto había andado sobre la vía del amor y que yo había llorado todavía. Presenté aquel

Renuncio para siempre a ese brutal placer
de la matanza, á ese despotismo cruel de

